

Prontuario provisional

Felipe Benítez Reyes

ADÍNATON. Figura retórica de las llamadas de pensamiento cuya definición resulta complicada: su propia definición parece requerir un adínaton.

ADIVINANZA. 1) Algo que no requiere definición, sino solución, mal que nos pese. 2) Nostalgia humana de los derechos de la Esfinge a divertirse con la perplejidad angustiosa de los humanos. 3) Modalidad de regulación verbal de la incertidumbre cósmica. *Ejemplo:* «¿Qué animal se devora a sí mismo cuando se detiene a pensar que es un animal que está devorándose a sí mismo mientras piensa?»

ADÓNICO. Verso de cinco sílabas que cierra la estrofa sáfica y que, por su cortedad, parece tener menos relación con el bello y proporcionado Adonis que con los siete enanos de Blancanieves, obreros cantores allá en un bosque de difícil localización.

AFÉRESIS. Amputación silábica.

AFORISMO. Al entender del postsofista José Bergamín, algo que no importa que sea cierto o incierto, porque lo único que importa es que sea certero.

AGNANÓRISIS. (También conocida por agnición.) Un asunto que interesó a Aristóteles, lo que no quiere decir que tenga que interesar a nadie más.

ALEGORÍA. 1) Al criterio de Ambrose Bierce, metáfora en tres volúmenes y un tigre. 2) Al criterio de Denis Diderot, «recurso general de las mentes estériles».

ALELUYA. Estrofa de dos versos octosílabos con rima consonante que suele sonar a rayos.

ALMA. Según un personaje de Melville, «algo así como la quinta rueda de un carro».

AMBIGÜEDAD. 1) Un ni lo uno ni lo otro que indica el punto de intersección de casi cualquier apreciación con su indefinición intrínseca, como quien dice. 2) Holograma conceptual.

ANACRUSIS. Sílabas iniciales de un verso que no han tenido la suerte de recibir la visita aérea de un acento rítmico, lo cual es prueba asombrosa del afán humano de dar nombre incluso a lo que no le hace falta.

ANAGRAMA. Nomadismo alfabético que permite que un nombre de pila y un apellido se transformen en un enrevesado pseudónimo para uso artístico o similar. (El anagrama de Lucía Puratino, natural de Huelva e intérprete de fandangos, podría ser Lupita Cianuro, sin ir más lejos.)

ANALEPSIS. Una muestra de la terquedad del pasado por no aceptar ser lo que es: un fantasma evanescente que llega a sentirse orgulloso de su condición, bien sea con la ayuda del rencor o de la nostalgia.

ANTANACLASIS. Polisemia de la homonimia.

ANTICIPACIÓN. Figura retórica de susceptibilidad consistente en poner el parche antes que la herida, en parte porque quien la emplea sabe de sobra que la herida resultará inevitable: basta pensar que pueden herirnos para que nos sintamos heridos.

BORRADOR. 1) Algo que casi siempre merece ser borrado. 2) El esqueleto desordenado de un posible prodigio que suele quedarse en esqueleto. 3) Discurso de sintaxis económica –y a menudo hermética– escrito sobre la cáscara del huevo de un dragón, como quien dice.

BIBLIOFILIA. Cyril Connolly, que era bibliófilo, se preguntaba si la bibliofilia no sería una forma degenerada de la filatelia.

CAFETERA. 1) Fuera de contexto, poema visual. En su contexto visual, cafetera. 2) Cuando la cafetera comienza a humear, la casa se llena de olores del Oriente, y hasta tenemos la impresión optimista de que va a salir de la alacena una danzarina del vientre para amenizarnos el desayuno, cosa que ocurre muy de tarde en tarde, según tengo entendido. Entre un cohete espacial a punto de despegue y una cafetera en ebullición hay muchas diferencias, como no hace falta ni decir, y una similitud: una cafetera en ebu-

llición parece que va a salir disparada hacia las alturas. En esa facultad reside el poder intimidatorio de las cafeteras.

Conocí a un tipo que se jactaba de poseer una gran colección de cafeteras y que a la vez se jactaba de no tomar nunca café. Las dos cosas parecían hacerle feliz, lo que no restaba un factor extravagante a la conjunción de ambas. (Cuando lo traté un poco más, descubrí que lo que de verdad le hacía feliz era el arte de la contradicción por la contradicción, pero esa sería una historia muy larga.)

Por lo demás, sólo añadir que las cafeteras están asociadas a los madrugones, y de ahí que muchas personas en edad laboral las miren con cierto odio, sentimiento que se disipa cuando el madrugador vierte el contenido de la cafetera en una taza, se quema un poco el labio superior y se echa a la calle para luchar contra quién sabe qué dragones.

CAMELLOS. El colombiano Guillermo Valencia (1873-1943) se animó a dedicar un poema a estos artiodáctilos rumiantes, y en él fijó el arquetipo de belleza de estas resistentes y prácticas cabalgaduras:

Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,
de verdes ojos claros y piel sedosa y rubia,
los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
a grandes pasos miden un arenal de Nubia.

CRÍTICO. 1) Según Cansinos-Asséns, un echador de cartas. 2) Según Augusto Monterroso, persona que sólo se equivoca cuando se trata de obras importantes. 3) Título honorífico al que accede cualquier ciudadano desde el instante en que la primera copia de la hoja cultural del periódico de la comarca sale por el rodillo de impresión para ser lanzada al mundo, que por ella habrá de enterarse de la sincera inspiración de la que nacen los versos del poeta Sánchez o, en su defecto, del procedimiento analógico convergente –por así decir– del que ha abusado hasta la náusea en su última obra el novelista Peláez. 4) Según el ya citado Monterroso, persona que puede recurrir a estrategias muy extrañas: «La mayoría de los críticos, cuando se ocupan de un libro mío, comienzan por señalar que soy un escritor bajito, lo

cual, una vez aclarado, les permite elogiar mi libro, mi estilo, y hasta mis ideas, sin peligro de que la gente los tome en serio». 5) Expendedor semanal de diplomas firmados con tinta simpática. 6) «Lo más patético del crítico de arte –de música, de poesía, de pintura– no es tanto que se equivoque y no entienda, sino que *entiende* de una cosa que...no comprende», ha escrito Ramón Gaya. (Amiel nos ofrece una apreciación complementaria: «La facultad de metamorfosis intelectual es la primera facultad del crítico. Sin ella, no está en aptitud de comprender a los otros espíritus y debe por tanto callarse, si es leal. El crítico concienzudo tiene que comenzar por sí mismo: no tenemos derecho a juzgar lo que no comprendemos».) 7) En una conferencia pronunciada a finales del siglo XIX, A.E. Housman se permitió formular el siguiente mesianismo irónico: «No podría decir si la facultad de la crítica literaria es el mejor don que entre sus tesoros tiene el Cielo. Lo más probable es que así sea, puesto que este don es, sin duda, el más parcamente concedido. Oradores y poetas, sabios, santos y héroes, si escasos en comparación con las zarzadoras, son más comunes que las apariciones del cometa Halley. Los críticos literarios, por el contrario, son aún menos comunes. Y cuando una vez en un siglo, o una vez en dos siglos, aparece el crítico literario, ¿podría alguien decirme cuáles serían las posibilidades que traería su aparición para el reducido número de personas que se llaman eruditos o conocedores clásicos? Si esta conjunción meramente accidental no se produjo hasta el siglo XVIII en la figura de Lessing, de seguro que pasará mucho tiempo antes de que acontezca de nuevo; y si una cercana fecha como sería el siglo XX fuese a presenciar su aparición en otra persona, lo único que podría decir a ustedes es que esa persona no sería ciertamente yo». 8) En esencia, hay dos tipos de crítico: el que baraja conceptos y el que baraja adjetivos –circunstancia que no puede hacernos olvidar que hay conceptos que valen incluso menos que un adjetivo. 9) Persona de espíritu edificante que abre un libro y se dice: «A ver qué es lo que no me gusta de esto». 10) Persona de mediana edad, dedicada por lo común a los amargores de la docencia, que un día de tantos decide encasquetarse una corona de papel dorado y obtener un sobresueldo gracias a la promulgación de los defectos y virtudes de las invencio-

nes ajenas. 11) Persona que, tras escribir folio y medio sobre un libro, adquiere el derecho de comer croquetas de forma gratuita en los actos literarios. 12) Persona dotada con el don de la infalibilidad que gana un dinerillo extra a costa de las falibilidades del prójimo. 13) El murciano Pozuelo Yvancos, que ha desarrollado el malabarismo de hablar con la boca llena en los saraos de corte más o menos intelectual, cierra de este modo su reseña de hoy: «Esta novela es un auténtico menú de degustación, que, como ocurre en ellos, comienza admirando por su originalidad, fresca y novedad, alimenta mucho por lo variado de sus ingredientes y entusiasmo al principio, pero termina hartando por excesivo. Pasado el tiempo, y con la digestión hecha, se recuerda con gusto. Comimos bien aquel día, terminamos admitiendo». (Y agradece uno, en fin, que este especialista en novedades narrativas nos ahorre la mención de posibles eructos, así como de todo el proceso de evacuación del menú diverso, que no debió de ser proceso de poca monta.)

ENCICLOPEDIA. En un cuento de Isaac Bashevis Singer se habla de una enciclopedia preparada por un famoso escritor en hebreo de la que aparecieron varios volúmenes, aunque los restantes iban demorándose tanto, que la gente hacía chistes en torno a ella. Entre esos chistes se contaba el de suponer que el último volumen aparecería después de la llegada del Mesías y de la resurrección de los muertos, de manera que los nombres de los personajes mentados en la enciclopedia tendrían que llevar tres fechas: la de su nacimiento, la de su muerte y la de su resurrección.

ÉPICA. Según Alberto Lista, «el laurel literario más importante para la gloria de una nación es el de la musa épica, porque en un cuadro extenso y dilatado puede el poeta hacer insigne muestra de sus conocimientos de toda especie, y describir un siglo, una época entera de la historia de su nación».

ESCRITOR DE PRESTIGIO. Dícese de aquel al que la gente respeta tanto, que ni siquiera se atreve a leer sus libros.

FANTASÍA. 1) Por lo común, subgénero de la realidad. 2) Facultad intelectual que armoniza y corrige los desmanes de la realidad. 3) En su esbozo de enciclopedia, Novalis anotó lo siguiente: «Si tuviésemos una *teoría de la fantasía* como tenemos una lógica, el arte de inventar estaría inventado».

FELICIDAD. 1) El dickensiano señor Micawber se permitió dar el siguiente consejo al joven David Copperfield: «Si sus ingresos anuales son de veinte libras, gaste diecinueve libras, diecinueve chelines y seis peniques: será un hombre feliz. No gaste veinte libras y seis peniques: será muy desdichado». 2) Robert Walser propuso concebir la felicidad bajo una forma que no fuese el buen humor. Parece ser que no tuvo mucho éxito ©